

ellos. A los postres me dijeron que tenia la casa un pesar muy grande, que los traia desazonados. «¿Pues qué ocurre?» les pregunté yo. «Que nos vamos á quedar sin guarda almacén, porque el que nos enviaron de Alemania, se quiere volver á su tierra por no gustarle nada el país y teme morir del vómito, como han muerto varios compatriotas suyos en Alvarado y Veracruz. Se marcha de aquí, dentro de quince dias á un mes á Nueva Orleans ó New York, y en los Estados Unidos se embarcará para Inglaterra ó Francia.»

«Ya sabe vd. que un guarda almacén en esta tierra, es empleo de pura confianza por las riquezas que encerramos en ellos, motivo porque trajimos este hombre honrado de Alemania, y por mas que se le han hecho reflexiones y aumentar la dotacion, se ha aferrado en volver á su patria, y que por todo el dinero del mundo no se quedaria aquí, por lo mucho que quiere á su mujer é hijos, que muriéndose él quedan en la indigencia.»

«Sabría vd. por casualidad de algun español, á quien pudiéramos confiar los almacenes?» «Español, no conozco ninguno, pero un zambo de costa firme, que es la honradez personificada, si. Este es mi ayuda, no criado, Remigio Sanabria de quien salgo fiador.» «¿Quién? me preguntaron ellos, aquel mulato gigante que hemos visto en su almacén de vinos de Alvarado?» «El mismo, que ha sido nada menos que Teniente de Caballería del ejército español en Costa firme,» y les contó su historia y el modo y manera como vino á mi servicio y la consideracion con que le trataba. «¿Porque quiere V. desacerse de él.» «Porque no lo necesito, ni puedo sostenerlo, porque los pleitos y la guerra que me ha declarado mi primo, me han arruinado; y últimamente, porque antes de medio año todos los españoles tenemos que abandonar el país, nos van á espulsar nuestros hijos los mejicanos.» «Deseche V, semejantes ideas, son pura cabilosidad.» «Sea como fuere, me es imposible sostenerle en mi compañía, aunque con sentimiento se lo digo á Ustedes. Todavía no se lo he dicho á él, y temo á darle ese golpe, por lo mucho que me quiere.»

«Antes de salir de la república quiero dejarle bien colocado, en alguna casa de comercio, ó en el ejército mejicano, con el mismo empleo que desempeñó en su país, bajo las órdenes del general Moraly. Con media palabra que hable el coronel Vázquez, íntimo amigo del presidente Victoria y de

Guerrero, lo consigo al instante, pero prefiero que se coloque en su casa de ustedes.» «¿Sabe escribir?» me preguntaron. «Perfectamente y contar y estudió Teología para ser fraile. Habla regularmente el inglés, que lo aprendió en Jamaica, y aprenderá muy pronto el alemán, estando en compañía de ustedes. Tiene mucho talento y es dulce y manso como un cordero; es una alaja que les transmito á ustedes.» «Pues corriente. ¿Cuándo le podremos ver y hablar con él?» «Antes de ayer se lo llevó á su Hacienda, el coronel Vázquez por ocho ó quince dias, porque está chocho con él. Es gran caballista, y va á ser la admiracion de todos los jarocho, en lanzar las bolas á los toros.»

«¿Y cuánto le parece á vd. que le asignemos mensualmente?» «La mitad de lo que le dan ustedes al actual Guarda Almacén, hasta que lo experimenten ustedes y conozcan á fondo su mérito.» «Pues se le dará un duro diario, la mesa, cama y ropa limpia. Comerá con los dependientes del escritorio.»

Quedamos conformes y que luego que regresase Sanabria se lo presentaria.

A los quince dias apareció en Veracruz, acompañado de Vázquez. Dejó su caballo en la cuadra de los Coroneles y vino solo á mi casa. Le pregunté qué tal le habia ido y si se habia divertido mucho, y me contestó, que en aquellos quince dias siempre estuvo de funcion, de caza y lanzando toros. Le pregunté qué tal le habian parecido los Jarocho, y me respondió, que era muy buena gente, y que en cuanto á caballistas, eran superiores los llaneros de su tierra, que no sabian lanzar las bolas, y en cuanto á lanzar los toros, sólo echar el lazo, cuando las reses estaban apiñadas. Que sus caballos, eran pencos y eran superiores los de las Pampas de Buenos Aires, y los de los llanos de Apure.

El Coronel vino luego á verme, y Sanabria se marchó á la Ciudad y quedamos solos. Venia loco de contento de Remigio, diciendo que yo tenia razon, que Remigio era un perfecto caballista, cual no habia conocido igual. Que las bolas las manejaba con suma habilidad, y que los toros á la carrera los enlazaba, cosa que les dejó parados á los jarocho; porque era por la primera vez que vieron aquel sistema de los Llaneros de Costa firme. Se lamentaba de ver á un hombre de tanto valor inutilizado (*sic*) y pobre. «No es tan pobre, como á V. se le figura, le digo á Vázquez, tiene sus cuartos ahorra



dos, en ocho meses que me sirve. Era sí pobre miserable y lleno de miseria en aquel tiempo, pero ahora se ha curado, repuesto y en disposición que puede ganar la vida. Le tengo ya colocado de guarda almacén de la compañía minera alemana, con treinta pesos al mes, casa, mesa y ropa limpia; y si se porta bien, tendrá todo lo que quiera con aquellos honrados amigos míos, pero no se lo he dicho todavía, y pienso decirlo hoy mismo.»

«Pues qué ¿se quiere V. desacer de él,» me preguntó Vázquez? Con hartó dolor de mi corazón. Con los pleitos que han suscitado á mi testamentaria, estoy amenazado de una ruina próxima; y según el semblante que han tomado los asuntos de la república veo que todos los españoles vamos á ser espulsados del territorio mejicano. Han variado mucho las cosas, de ahora seis meses, que hace, nos conocimos en Alvarado. Vea V. ya el embarque de tanta familia, para suelo extranjero, y calcule V. la que saldrá luego que se dé el decreto.» «Ni se piensa en semejante atropello, sin embargo de lo que azuzan los papeles públicos para que así suceda, me replicó Vázquez. El Presidente General Victoria es un ciudadano honrado, enemigo de los españoles, en tanto estuvieron armados, pero una vez lograda la independencia, es amigo y protector de los españoles, comerciantes, hacendados é industriales, que han quedado con sus familias en el territorio de la nación mejicana. Esas sospechas de Ustedes son sueños de cabilosos.» Nos despedimos y se fué.

Al poco rato volvió Remigio Sanabria, y le dice la conferencia que tube con el coronel Vázquez, «y ahora que estamos á solas te quiero hablar claro. Las circunstancias han variado. Cuando estábamos en Alvarado, creí que estaba próspero; y luego que murió mi tío, me consideraba rico, y pensaba tenerte en mi compañía, no como criado sino como amigo, que disfrutarías de las utilidades que tubiese en el comercio. El pleito ó pleitos que me han suscitado mi primo y la casa de Terán, arruinan la testamentaria, y ya Troncoso se me queja de la falta de fondos y que no se vende nada. Yo tengo que marchar otra vez á Jalapa, en seguimiento del pleito, haciendo gastos enormes con abogados y escribanos. Mi dinero particular, está embebido en la Testamentaria y en poder de Troncoso. Por consiguiente mi suerte está amenazada de un triste resultado. Antes que me suceda una catás-

trofe, he pensado en ti, y tu colocación. A la compañía alemana se les marcha el Guarda Almacén, que también es alemán y se vá á su tierra, temeroso de morir aquí del vómito. Les he hablado en tu favor, saliendo fiador de tu honradez, y hoy mismo te presentaré aquellos Señores. Por de pronto te darán treinta pesos mensuales, casa, comida y ropa limpia, y si les sirves con fidelidad al poco tiempo, te subirán el sueldo á sesenta pesos al mes, que es lo que actualmente gana tu antecesor, y puedes llegar á hacer tu fortuna con esos buenos amigos míos.»

Sanabria estuvo silencioso mientras hablaba, y apenas concluí mi discurso, se me echó en los brazos y principió á llorar, diciéndome que no se quería separar de mí, que me quería acompañar hasta morir. A mí se me saltaron también las lágrimas. Le dije: «eso no puede ser, en confianza te digo, que todos los españoles dentro de pocos meses vamos á ser espulsados de la república, pero tu como americano te quedarás tranquilo en la compañía de estos buenos Señores. Son hombres, fuera lágrimas y vístete con decencia, que te voy á presentar á los sujetos que en lo sucesivo debes vivir en su compañía, y hacer tu suerte, siendo hombre de bien.» Me besó la mano y se marchó humildemente á vestirse.

Vino al poco rato, labado y vestido, cual convenia. Fuimos á la casa de los alemanes, que nos recibieron bien y les dije: «aquí presento á Ustedes un san Cristóbal, mi recomendado, de cuya honradez respondo.» Mucho les gustó su estampa. Llamaron al alemán, guarda almacén, á quien iba á reemplazar, que era un hombre que rayaba en los cincuenta años, y con él y él jefe de la Casa pasamos al almacén; el representante ó jefe de la Casa, y les dijo al antiguo y nuevo almacenista: «desde mañana irán Ustedes formalizando en un libro todos los géneros que hay, y de la ferretería, y en el mismo libro anotará V. las salidas, y en otro libro formalizará las entradas de los cargamentos que vayan desembarcando, los barcos que vengan de Europa.» «Cuidado con el almacén, V. responderá de todo él, dijo, á Sanabria. Yo daré á V. instrucciones sucesivas. Mientras permanezca el señor, instruirá á V. de todo el mecanismo del almacén.»

Volvíamos al escritorio y quisieron probar tío y sobrinos qué tal escribía Sanabria. Le dieron á copiar una factura en espa-



ñol, y la copió muy pronto y bien. «Muy bien le dijeron, quedamos satisfechos.» Desde aquel día principiaron á contarle el sueldo, y Sanabria principi6 á asistir al almacén diariamente: comia en la casa y venia á dormir á la mía.

Todas las noches y los días de fiesta, se ejercitaba en perfeccionarse en la aritmética y contabilidad. Sabia con perfeccion las cuatro reglas y esto lo hizo adelantar en poco tiempo, hasta que llegó á ser capaz de resolver todas las cuestiones aritméticas. De paso le instruí en la manera de llevar los libros por partida doble y le cedí todos los cuadernos de ejercicios que habia seguido yo con el judio, mi profesor en Burdeos, y cuanto habia trabajado durante la navegacion, y además le regalé la obra impresa de mi profesor. En escribir adelantó mucho, y conseguí que tomase el estilo del caracter Ingles, y una buena forma de letra. Tenia mucha facilidad en aprender, y una comprension sin igual; y estas circunstancias, y el vivo deseo de aprender, el ser buen gramático latino y el fervor con que tomó el estudio, hicieron que en muy poco tiempo se perfeccionase en la contabilidad, y todos los pormenores al despacho de un escritorio mercantil. El Guarda almacén Aleman, le tomó mucho cariño, y le regaló una gramática alemana y castellana y dos diccionarios de ambos idiomas, dándole lecciones de leer el alemán: con estas lecciones y unos diálogos de las dos lenguas, que también le dió, principio aprender el alemán. Mas adelante, marchado el guarda almacén á su tierra, uno de los dos sobrinos del Gefe de la compañía, tubo la complacencia de enseñarle su idioma con toda perfeccion, de manera que á los pocos meses hablaba, con todos los dependientes, el alemán, y con el ejercicio y práctica de no hablar mas que alemán, se perfeccionó en aquel idioma.

Esto sucedía por el mes de Noviembre de 1826, cuando me fué preciso marchar á Jalapa, en seguimiento del pleito con la Casa de Terán de Méjico.

Fuí á despedirme de mis amigos los alemanes y les pregunté si estaban contentos con Sanabria. «Contentísimos, me respondieron, es una bella persona, y apto para todo, y la Casa á determinado darle la misma asignacion que tenia su antecesor. Es de tal comprension y tiene tal facilidad en aprender, que no encuentra dificultad en nada. Comprende todo lo que se le dice en alemán y principia á hablarle. Ade-

mas, en su almacén trabaja y estudia el alemán, en los ratos perdidos, y á todas las cartas que recibimos de las minas de Guanajuato y de Méjico, contesta con la mayor exactitud en español, con solo esplicarle en alemán cuanto queremos que diga. ¡Y que letra! Veá V. estas cartas que tenia para el correo de hoy.» «Pronto, les digo, no necesitarán Ustedes de intérprete. Será el dependiente mas util que tengan Ustedes en la Casa, hasta para llevar los libros por la partida doble, en cuya ciencia le he instruído.» «El vá al muelle, me digeron, con todo el rigor del sol y asiste al desembarco y conduccion de las mercancías á los almacenes, y lleva las entradas y salidas con toda exactitud en los libros. Estamos locos de contento por semejante adquisicion; su docilidad, mansedumbre y honradez, sobre todo, nos tiene encantados. El nos cobra con toda exactitud todas las letras y pagarés en la plaza. Con su adquisicion, se ha quitado á la Casa aquel grande engorro que tenia antes, de no comprender á los compradores que venian á la casa, sino por medio de intérpretes. Signifiquele Usted á nuestro nombre, lo contento que estamos con él, y que desde el primero del proximo mes, la Casa le dará la misma asignacion que á su antecesor, sesenta pesos mensuales.»

Me despedí de aquellos buenos amigos y fuí á mi casa. Por la noche comuniqué á Sanabria la resolucion de sus principales, que desde el primero del mes le darian sesenta pesos mensuales, que era lo que ganaba el guarda almacén que se habia vuelto á Alemania. Que dichos Señores estaban con extremo contentos de él, y que tenia abierto el camino para una buena fortuna y que siguiese observando la misma conducta.

Que andubiese con cuidado con el Coronel Vázquez, porque cuando le hablé de su colocacion, en el almacén de los alemanes, no me puso buena cara, y que probablemente haria en mi ausencia todo lo posible para sacarle de la Casa, proponiéndole llevar á su hacienda, á colocarle frente de ella y del ganado; ó que tomase servicio militar en el ejército mejicano. Que en ninguna parte estaria mejor que en compañía de los alemanes. Sanabria me respondió que la primera de mis sospechas, era muy fundada, pues le habia hablado Vázquez de la necesidad que tenia de un hombre formal y de respeto, para ponerle al frente de sus intereses del Campo, pero que no le habló mas, aunque comprendió su inten-



cion de llevarle. Me añadió: «no me gusta aquel pais, ni la gente; y sobre todo estoy contentísimo con los alemanes, y sólo á ellos y su merced, serviré de todo mi corazon.»

Le confié á Sanabria que dentro de dos dias marchaba á Jalapa á la vista del pleito con Terán, y que él siguiera durmiendo en mi casa, cuidando lo poco que habia en ella, hasta mi buelta.

Preparé de acuerdo con Troncoso, mi viaje para Jalapa, y lo realicé felizmente, esta vez á caballo, que tardé dos dias. Me aboqué con el Procurador y el Abogado, y este que era un hijo del pais muy honrado, me desengañó y dijo que se perdía el pleito, porque la parte de Terán habia justificado plenamente su crédito y que ademas del Capital, tenia que yagar el seis por ciento de intereses por el largo tiempo que habia detenido mi tio el Capital en su poder, con mas las costas procesales. Así sucedió, y á los pocos dias, mi procurador fué notificado, y el mismo dia de la notificacion me puse en camino y regrecé á Veracruz.

En los cortos dias que permanecí en Jalapa, ví á los Españoles residentes en aquella poblacion, y á sus familias, llenas de temores, porque preveian que se iba á dar el decreto de espulsion y se temia el saqueo de sus fortunas y el secuestro de sus bienes raices. Aquello era un llanto y luto general. Los Yorkinos exaltados, amenazaban á las pobres familias amilanadas, dándoles los apodos de *godos* y *chaquetas*. El abogado mio, que era muy buen sugeto é hijo del pais, temia una catástrofe.

Con la pérdida del pleito y los amagos contra los españoles, regresé triste y pensativo á Veracruz. A mi llegada pasé á verme con Troncoso, y le di la infausta noticia de la pérdida del pleito, que por su parte me dijo lo tenía tragado. «No ay mas existencia en metálicos, que lo que han traído Ustedes de la expedicion de Cordoba y Orizaba, y de eso se ha gastado bastante en los derechos del pleito de Terán; tenemos que entregar el capital á dicho Señor, los réditos y las costas en que hemos sido condenados, que todo no debe bajar de trece á catorce mil pesos. No hay mas remedio que entregarle vino de Burdeos y Sedería á precios corrientes de la plaza.»

El apoderado de Terán se presentó, como lobo ambriento, con la egecucion, y no hubo otro remedio que entregarle,

efectos, segun habiamos convenido Troncoso y yo. El le hizo, porque era el depositario, la entrega de los efectos, y no quise presenciar la ruina de la testamentaria de mi tio.

Mi primo Berroa, no presentaba fianza de ninguna clase, despues de la sentencia del Tribunal de Jalapa, y como era consiguiente, los efectos que se le habian embargado, existian en los almacenes de D. Alejandro Troncoso, y los quince mil duros, producto de los efectos que habia vendido hasta la muerte de mi tio y que retubo, estaban en poder de dicho mi primo. Este era el estado de la testamentaria en principios del año de 1827.

A mediados de él, se iban desencadenando las pasiones en toda la república. Los hombres moderados y su periódico el Sol, batallaban en Méjico en favor del orden y la justicia. Al contrario, el Aguila y el Correo federal de Don. Lorenzo Zabala, al frente del partido exaltado, que se componia de los individuos de las cofradias Yorkinas, que habia fundado el ministro plenipotenciario de los Estados Unidos Poinsett, esparramaban el mayor veneno, escribiendo contra España y los Españoles residentes en la república pidiendo su espulsion del territorio. La misma guerra encarnizada se habia declarado en el seno de las Cámaras, entre moderados y exaltados.

El Comité Yorkino de Méjico, dirigió sus planchas secretas, ó circulares, á los comités de su rito en los departamentos. Los Yorkinos eran flacos en Veracruz, no habian conseguido reunir sino corto número de prosélitos y esos en la mayor parte eran oficiales de la guarnicion y corto número de paisanos. El Mercurio, que era el éco de los Yorkinos, se vendió á Poinsett, que les subencionaba. Seguian en su redaccion y direccion, el español Ceruti y el mejicano Castillo. En aquel medio año, aumentó su virulencia y exaltacion contra España y los indefensos y honrados Españoles que vivian en Territorio de Méjico, garantizados por la constitucion de la república, que los reconoció ciudadanos mejicanos.

El Comercio de Veracruz, se alarmó con el lenguaje del Mercurio, se acoquinó y se consideró perdido. El mismo Santana, Barragan y el Coronel Vázquez, estaban á la expectativa, fingiendo que desaprobaban la conducta de los Yorkinos y el lenguaje de sus periódicos. Santana, tenia algun



motivo, porque iba de encuentro su suegro, que vivía en Alvarado, un gallego Zafio en toda la estension de la palabra, pero bastante acomodado.

Yo no sé si por sugerencias del mismo gallego, ó aleccionado por el maquiabelismo de su yerno Santana y de su muger la ladina de la tia Jacinta, ello es lo cierto, que hubo reuniones de ricos comerciantes de Veracruz, para tomar medidas salvadoras, que asegurasen las vidas y propiedades de los inermes españoles. En varias reuniones, se trató y aun resolvió que á toda costa, se debia matar el periodico *El Mercurio* como el fomentador de todo el mal.

No atinando con el medio que debian emplear, para hacerlo desaparecer, se acordaron de mi persona, y diputaron al comerciante catalan Dn. Francisco Rivas, que era amigo mio, en consulta de parte de la junta, sobre los medios de obra, estando sus individuos prontos á sacrificar grandes sumas de dinero. Rivas se personó en mi casa, y á puerta cerrada, me manifestó el objeto de su visita. Mi resolucion fué brebe. Le manifesté que el mal no tenia remedio: que la conjuracion, tenia su origen en los Estados Unidos, y que su ministro Poinsett, como tan habil, no hacia mas que cumplir con las miras y mandatos, que resolvía un centro de direccion existente en Wasigton ó New-York. Que el plan era espulsar á los españoles del territorio mejicano, y por este medio empobrezarlo, é imposibilitarlo de poder resistir una invasion de los Yankis, que tarde ó temprano, se apoderarian poco á poco del territorio mejicano. Qué los mejicanos, no eran mas que instrumentos de tan diabólico plan, y que la Religion Católica, iba de encuentro para establecer la libertad de cultos. Contamos con Santana «me dijo Rivas, se nos ha ofrecido.» «Santana los engaña á Ustedes, no se fien Ustedes de él. Santana, Guerrero, Victoria, y todos los generales juntos, no pueden conjurar esta tempestad, son impotentes, es una cruzada de fanatismo político. El Mercurio es facil matarlo y en brebes dias y sin sacrificar dinero, pero esto no remedia el mal. Los escritores del Mercurio son hombres vendidos al oro que desparrama Poinsett á manos llenas, entre los incautos mejicanos. Lo que tienen que hacer los comerciantes de Veracruz es redondear antes con antes sus negocios, realizando cuanto puedan y estar dispuestos á emigrar, que el decreto no vá á tardar en salir.»

Rivas cogió su sombrero y se marchó; creo que descontento de nuestra entrevista.

Dos dias despues fueron á mi casa los coroneles Vázquez y Portilla. El primero me dijo que tube mucha razon, cuando ocho meses antes, les predige lo mal que se iban á poner las cosas, y que el dedo malo pagaria el pato. Es decir, que los españoles serian espulsados.

«Ya vé V., me dijo el coronel Portilla, los esfuerzos que estamos haciendo en nuestro periodico *El Veracruzano libre*, para atajar el torrente que se viene encima, y destruir el Mercurio, periódico oficial de los Yorkinos.» «Cuanto escriben Ustedes en su papel, no hacen Ustedes mas que aumentar combustible á la hoguera, les repuse yó: con desverguenzas y dicitorios, no se mata un periódico. Es necesario hacer uso de la sátira bien manejada, que es el ramo mas difícil de la literatura.» Le dije que el mal no tenia remedio, y le añadí todo lo que habia dicho al comerciante catalan Rivas.

«Es que contamos con Santana, me dijo Vázquez.» «¿Para qué? le pregunte yó. ¿Para pronunciarse contra los Yorkinos? No creo en semejante barbaridad, que si sucediere era robustecer á los mismos que se pretendia aniquilar. A Santana, Usted, y á cuantos se metiesen en la empresa les dirian, que eran Ustedes unos *Godos* y que salian á la defensa de los Españoles, por el dinero que les dieran. El resultado: embilecerse ustedes y aniquilarlos; esponiendo á los pobres españoles, que los asesinarían en los caminos y en las Casas.» «Tiene V. razon, no habiamos caido en esos inconvenientes. Se lo vamos á decir á Santana y Barragan.»

El comerciante Rivas, volvió cuatro dias despues de nuestra primera entrevista, y siempre á puerta cerrada en mi casa, me dijo, que toda la dificultad estribaba en la existencia ó no existencia y publicacion del periódico el *Mercurio*. Que un español intimo amigo de Santana, y que era uno de los principales individuos de la reunion de los Españoles, habia conferenciado con aquel General y que le dijo terminantemente: «*Quiten Ustedes el Mercurio, y lo demas corre de mi cuenta. Estoy de acuerdo con las autoridades de este Estado para conservar el orden, é impedir la espulsion de los Españoles, limpiando el pais de la familia Yorkina, ó de los agentes de Poinsett.*» «Esa es otra cosa, estando de acuerdo las Autoridades del Estado, y poniéndose al frente el General Santana,



para conservar el orden, puede hacerse mucho, pero dudo de la sinceridad de Santana.» «Ahora exigimos de V., con el mayor encarecimiento, que tome V. la pluma, escriba contra el Mercurio, porque sabemos que lo sabe V. hacer bien. Santana facilitará á V. el periódico de los buenos mejicanos, que és *el Veracruzano libre*, y sin que dé V. la cara, puede esgrimir bien la pluma.» «No me decido, Rivas, no tengo garantías suficientes que pongan mi persona á resguardo de un atropello. Tengo que tomar otros antecedentes.» Rivas se retiró.

Yo sabía de positivo, que Santana, Barragan y otros generales, eran enemigos de Poinssset y de sus maniobras en Méjico; pero desconfiaba del caracter voluble del General, y que por interés personal, era capaz de sacrificar á su Padre y á sus mejores amigos. No salia de mi casa, y me puse á la expectativa, esperando la segunda embajada de Vázquez, que todas partian de un mismo centro, que era Santana. Yo sospechaba y con fundamento, que, *el español intimo amigo y uno de los principales miembros de la junta*, cuyo nombre no quiso rebelarme Rivas, fuese el suegro de Santana, y que andaba en el ajo en interés de familia.

De allí á dos dias, aparecieron por mi casa Vázquez y Portilla. Venian muy incomodados, en particular el segundo, contra el Mercurio, por la acalorada polémica que sostenia aquel periódico, contra el Veracruzano libre, que dirigia el Coronel Portilla. Me dijo: «Santana, está furioso con el Mercurio, y quiere que á todo trance desaparezca, aunque sea matando ó embarcando á la fuerza á su Director, el Español Ceruti, que todo lo rebuelbe, mezclándose en nuestros negocios políticos. El General Santana, que ha venido de Manga de Clavo, me ha llamado esta mañana, y me ha encargado, hable con V. y le incline á que tome la pluma y escriba con toda la energia y su saber contra ese bastardo español; y que esos son tambien los deseos que le han manifestado varios de los principales comerciantes españoles. Me ha añadido, que no tenga V. miedo, que él está metido en la demanda y guardará á V. sus espaldas en cualquier desman que se intente contra su persona.»

«Y V. qué dice á todo esto, le pregunté al Coronel Vázquez: ¿Estará de buena fé el general Santana, no nos querrá engañar?» Vázquez me contestó, «que en el mismo sentido le ha-

bian hablado el general Barragan y Rincon, y que en la liga estaban metidos otros varios generales de la república para operar una reaccion contra Poinssset y los Yankis.»

«Pues bien, escribiré contra el Mercurio, y desde pasado mañana entregaré el manuscrito á Portilla, que vendrá todos los dias en persona á recoger los borradores.» Me abrazaron ambos Coroneles.

Aquella noche vinieron á mi casa los comerciantes D. Pedro Troncoso y D. Francisco Rivas, y me digeron que habian sabido mi resolucion de escribir contra el Mercurio, por lo que me daban la henorabueaa, como españoles, por un acto tan patriótico, y que todo el comercio estaria á mi favor.

Yo conocia poco de trato á Dn. Ramon Ceruti; habia sido amigo y compañero mio, su hermano D. Florencio, Gefe de Escuadron del Regimiento de Caballeria de Lusitania. Fue me necesario llamar á mi casa á D. Tiburcio Campe, hijo de Cadiz, como Ceruti, periodista é impresor siempre en aquella ciudad, hasta que emigró á la Habana en 1823. Concurrió en efecto á mi llamamiento, le manifesté el objeto, y como mason que era, le pedi antecedentes de la vida y milagros de su paisano Ceruti, que tanta guerra estaba dando á los Españoles de Veracruz, y me proponia escribir una serie de Boletines satiricos, para matar el Mercurio. «Desde luego estoy dispuesto á darle á V. las noticias que me pide y ofrecer á V. ademas mi pluma y cuanto valga.»

Principió Campe, por decirme: «Ceruti era por los años de 1811 al 12 alférez de uno de los regimientos que guarnecian la Plaza de Cadiz, bloqueada por el ejército francés. Desde la Isla de Leon, donde estaba destacado, desertó y se pasó á los franceses, á cuyo servicio se puso. Llegó la rota de los franceses, su retirada á Francia y los acontecimientos del año de 1814; la buelta del Rey y el decreto de Mayo en Valencia, aboliendo el sistema constitucional. En aquel tiempo se encontraba Ceruti, escondido en Madrid, en la Casa de su hermana *La Roncali*, muger sumamente intrigante, servil y una de las primeras agentas de Fernando 7º y de su gobierno absoluto. Aprovechando del favor que disfrutaba *La Roncali*, cerca del Rey, consiguió que se nombrase á su hermano Ramon, Secretario de la Capitania General de Puerto Rico, para donde se embarcó. De esta manera se le purifico de la mancha de afrancesado.»